



Archivo
Municipal

Cartagena



Jose Martinez Monroy



EXPOSICIÓN MONROY

REDESCUBRIENDO
AL POETA ROMÁNTICO

15 OCTUBRE 2026 - 11 HORAS

ARCHIVO MUNICIPAL DE CARTAGENA

Salvador Torres 26

Monroy: la luz que se apagó pronto



Cartagena, pese a su larguísima tradición cultural, no siempre ha sabido custodiar la memoria de quienes la honraron con su talento. Entre esos nombres que la ciudad dejó caer en un silencio injusto figura José Martínez Monroy, un joven cuyo fulgor literario deslumbró a España en pleno siglo XIX y cuya vida, demasiado breve, quedó sin la proyección que merecía.

Nacido en la calle del Duque, desde niño dio muestras de una inteligencia fuera de lo común. Su precocidad asombraba: hablaba con soltura antes de cumplir el año, y a los nueve ya acumulaba premios de la Sociedad Económica de Amigos del País. Su vida avanzó deprisa, como si intuir que el tiempo no iba a concederle demasiado margen. Tras la muerte de su padre, su madre volvió a casarse con José María Piseti, figura clave para comprender el desarrollo personal y académico del poeta. Piseti actuó como verdadero padre: lo acompañó a Madrid para iniciar sus estudios universitarios, lo sostuvo durante la dureza del aprendizaje y lo protegió durante los primeros síntomas de una salud quebradiza que se convertiría en sombra permanente.

La estancia en Madrid fue decisiva. Allí, entre el bullicio intelectual de la capital, Monroy se convirtió en un orador brillante, capaz de intervenir en la Bolsa de Madrid frente a figuras gigantes de la época. Su nombre empezó a circular en periódicos y tertulias, y su estilo; ardiente, lúcido, vibrante, llamó la atención de escritores consagrados. Para Cartagena, aquello representó un orgullo silencioso: un muchacho nacido en sus calles estaba dejando huella en la capital cultural del país. Pero junto a su genio avanzaba su enfermedad. Los desplazamientos, el esfuerzo constante y la presión académica deterioraron su salud hasta obligarlo a regresar a Murcia y, más tarde, a la casa familiar en La Palma. Allí pasó largas temporadas intentando recuperarse, acompañado siempre de su madre y su padrastro, que buscaron sin descanso algún alivio. Finalmente, fue traído de nuevo a Cartagena para intentar mejorar con el clima benigno del puerto, pero ya era tarde. Murió el 22 de septiembre de 1861, con apenas veinticuatro años.

La ciudad respondió con una emoción que los documentos conservan con riqueza. El entierro fue multitudinario, profundo, sincero; Cartagena lo acompañó como a uno de los suyos, consciente de que se apagaba una luz precoz. En su nicho, aún localizable hoy, reza únicamente su nombre: José Martínez Monroy. Ninguna floritura más. Una austeridad que, paradójicamente, subraya su grandeza. Tras su muerte, la valoración crítica fue inmediata y contundente. Castelar lo situó en la inmortalidad junto a Espronceda y Quintana; Hartzenbusch celebró su talento con palabras que todavía conmueven. Para quienes leyeron aquella primera edición póstuma de sus poesías, Monroy aparecía como un espíritu destinado a una carrera literaria fulgurante. Y, sin embargo, el paso del tiempo hizo lo que tantas veces ocurre en Cartagena: la memoria se diluyó, las generaciones lo dejaron atrás y su figura quedó arrinconada hasta casi desaparecer.

Luis Miguel Pérez Adán - (Historiador y Cronista Oficial de Cartagena)